

los elementos», sería su comentario de la catástrofe de la *Invenible*, como se ha repetido miles de veces.

IV

Restaurator Imperii.—El Imperio comportaba riquezas, pero esto no era un objetivo en sí mismo, sino que el Imperio estuviera bien administrado. Y en este aspecto nadie ganó al segundo Felipe. Una tremenda máquina burocrática era creada por su iniciativa, los viejos Consejos cobraban nueva vida y el propio Rey —mucho antes de que Luis XIV creara el término— desempeñaba su «oficio» con dedicación nunca vista hasta entonces. No se trataba del acostumbrado «despacho» de los asuntos políticos, sino de la revisión completa de la marcha administrativa de todos los asuntos, convertido en «despacho universal» el que hacía el propio Rey, con sus secretarios.

Administración y Justicia parecen los lemas de la acción del Rey como tal. Conocimiento de sus tierras. Si Trajano decía que el monarca ha de visitar todos sus Estados como el Sol, Felipe II —imposibilitado por la dimensión de éstos y por la gota— los visitaba a través de su administración y ordenaba la redacción de sus completas y minuciosas *Relaciones Geográficas*, que le brindaron las más acabadas y detenidas descripciones del territorio —incluidas las Indias— que Rey alguno poseyó de sus Reinos.

Justicia que llegaba a su propio palacio, tanto en lo político como en lo familiar. Antonio Pérez —como dije— fué perseguido porque sus actos no quedaban suficientemente claros, y había convicción de infidencia, y su hijo —el hijo de Felipe II— era desposeído de la dignidad hereditaria y encerrado en sus habitaciones, donde moriría del mal que lo corroía, porque había conspirado

contra la seguridad del Estado. Estas medidas contra el Príncipe Baltasar Carlos no eran tomadas en secreto, sino que se comunicaban oficialmente a todos los ámbitos del Reino.

Un ejemplo —el mejor— de su administración perfecta es que mientras se planeaba la obra más grande que monarca anterior hubiera intentado —El Escorial—, destinada a sepultura de la Dinastía y a monumento de la Fe del Reino, su realización se administraba con meticulosidad minuciosa, anotando hasta el último cubo de arena y el último jornal.

V

Un monarca como Felipe, que no se gloria de las victorias, que conducía su vida particular sobre los cauces burgueses de la normalidad de los otros ciudadanos del Imperio, pero que tenía en sus manos la fuerza más grande que existía en Europa, pronta a desatarse en Alemania, en Flandes, en Italia, en Africa o en las costas griegas, que conquistaba terrenos en América y tenía a raya a las poderosas flotas inglesas, es lógico que concitara sobre sí la enemistad de todos contra los que se defendía: infieles, protestantes, desordenados, logreros y descreídos. Lógico es que todo ese mundo, hostil a España y a su grandeza, lo tomara como blanco de sus tiros, ya que él era el conductor seguro de la fuerza disciplinada del Catolicismo y de la Fe. Lógico es que haya nacido una leyenda oscura, tenebrosa, sórdida en su torno, tachándolo de misántropo, reconcentrado, introvertido, rencoroso y cruel.

Lógico que —dentro de la humana imperfección— haya sucedido así, pero no por lógico cierto, sino falso, tendencioso, malévolo. Nada de ello, aunque ataque su personalidad, le quita un adarme de su grandeza como conductor de la hispana grey.